

Materialidad y Resonancia.

Rodrigo Zúñiga C.

Sostenidas por su propia aspiración a la levedad, las operaciones visuales de Mara parecen a veces una sutil atribución del lugar en que se emplazan. Con ellas, la escena cotidiana que la locación o el soporte ofrecen a nuestra dinámica sensible queda recompuesta a partir de una secreta aveniencia, de una especie de ingreso visual del lugar en un conjunto de tramas, de modulaciones, de grafías proyectadas como sombras por la misma posibilidad de su disposición. Mediado ahora por el gestual ritualizado que Mara despliega y produce en torno a él, el sitio aloja de modo imprevisto un amplio espectro de consonancias subrepticias. Atenuado de la sistemática de las conductas o de las relaciones que impone, comienza a constituirse en espacio de otra escena, de otros ritos, de otra sensibilidad. Transfigurado en la remembranza de su materialidad oprimida, asoma poco a poco la densidad de su cuerpo dormido. En la disrupción de sus hilvanes, el sitio nos brinda la gravidez plausible de un nuevo recorrido. Como en la metódica lenta de la caricia, un nuevo cuerpo es proferido en la sentencia indiscernible del deslizamiento y la acogida, del ablandamiento y la lasitud.

Una escena silenciosa, ingrávida, es la que Mara distribuye en una serie de códigos visuales que transitan entre la precedencia material (y modélica) del lugar hecho cuerpo texturado (muralla porosa, alfombra pintada, trenzado de materias y espesores comunicados) y la composición operativa movilizada por la apertura de esa sistemática latente (revestimientos codificados en retículas, módulos, ensamblajes continuos, recortes de papel, trazado sobre hojas de cuaderno). Cuerpo y lenguaje visual: ¿qué está antes, qué está después? ¿qué configuración temporal se transa en estos afanes?. Entre la trama elaborada y la precedencia del soporte que parece solicitarla, se cierne un juego de definiciones móviles, que insinúan un nuevo apronte, un nuevo cuerpo (un nuevo rito, dice Mara): una nueva fisonomía para el sitio vuelto a identificar. Expuesto al devenir de los tránsitos, a las fugas de las materialidades llamándose unas a otras a configurar un nuevo lineamiento, otra forma de codificación y de mutuo sostenimiento (otra manera de dialogar a partir de una suma de evidencias y de silencios vueltos a componer), el cuerpo del lugar,

asediado por la obsesiva configuración que Mara construye sigilosamente, atentamente, se ve proveído de un conjunto de calces y de lenguajes, de filiaciones, si cabe decirlo así, somáticas al tiempo que visuales. Esas filiaciones, justamente, permiten deducir un sistema a partir de la opacidad del asentamiento. Y a la vez, hacen posible derivar nuevas conformaciones a partir de las posibilidades que se deslizan entre los pliegues de esos lenguajes.

Lo que Mara ofrenda al lugar, entonces, es un conjunto de tramas modulares incorporadas como miembros residentes de un espacio hasta entonces silenciado. Ese tibio balbuceo de la materia es lo que Mara articula en sus mismos términos. Por eso su trabajo es contenido, no incriminatorio: discurre en el asombro del descubrimiento, en el aplomo de la resonancia atendida. En la pesquisa de los dialectos apagados, su operación visual celebra la conmoción de las texturas desapercibidas, la motricidad cómplice y la dilación del habla emergente de los materiales. En esa demora constante, el lugar va conquistando nuevas modulaciones. Aplazado en ese intento, el gesto constructivo de Mara celebra, igualmente, la constitución inacabable de las pertenencias, de los módulos plegados unos sobre otros.